

El poder de este importante reino pareció tanto mas grande, tanto mas invencible, cuando su eterna rival la Francia, se vió asolada, inmediatamente despues de la paz de Chateau-Cambresis, por los horrores de una guerra civil religiosa.

CAPITULO III

LA GUERRA CIVIL RELIGIOSA EN FRANCIA

Los Guisas.—Los Borbones.—Coligny.—Muerte de Enrique II.—El tumulto de Amboise.—Muerte de Francisco II.—Carlos IX y Catalina de Médicis.—Discusion religiosa de Poissy.—El edicto de enero.—La primera guerra de religion.—La paz de Amboise.—Entrevista de Bayona.—Organizacion de los protestantes franceses.—Segunda guerra religiosa.—Odio religioso y democracia en Francia.—Tercera guerra de religion.—Paz de San German-en-Laye.

En extension y en número de habitantes, la España de Carlos V y de Felipe II era muy superior á su vecina la nacion francesa; y si esta pudo resistir con éxito á aquella, debióse á la fuerza centralizadora, á la omnipotencia de la monarquía y al vivo y ardiente amor á la patria que encontramos en Francia. Sin embargo, hubo un momento en que pareció que estas cualidades iban á perderse por efecto de las discordias y disensiones religiosas que se hicieron cada vez mas profundas y mas amenazadoras en el pueblo francés.

Desde los últimos años de Francisco I, existia en Francia el peligro de que la nacion se dividiese en dos mitades, una católica y otra protestante, division que tomaba cada dia mayores proporciones. Ni la violencia ni la presion habian podido acabar con el protestantismo; y los principales caudillos del movimiento intelectual, los artistas, los nobles y los individuos mismos de la familia real eran en su mayor parte protestantes, ya pública ya secretamente. Esto sentado, y dado que el catolicismo, segun el concepto que de él se tenia, no podia reconocer legalmente la existencia del nuevo elemento, era inminente la lucha. Muchos amigos sinceros de su patria y algunos políticos prudentes, trabajaban con energía para evitarla; pero todos sus esfuerzos eran infructuosos á causa de la natural impaciencia y de la saña con que mutuamente se combatian ambos bandos. Es injusto atribuir á determinadas personas la responsabilidad de los horrores de aquellas luchas, las mas crueles por ser religiosas, pues la culpa estaba en su mayor parte en la época en que acontecian y en las consideraciones y sentimientos que las inspiraban.

Mientras vivió Francisco I, es decir hasta 1547, el protestantismo francés tuvo un carácter pasivo de luteranismo no político. Sin embargo, este soberano en los últimos años de su vida, mostróse cruel para con todas las opiniones religiosas disidentes, llevado no tanto de un celo religioso, que apenas encontramos en él, cuanto del deseo de conservar la unidad de su reino y el poder de la monarquía católica. El cardenal Tournon, fanático ardiente, supo aprovecharse de estos sentimientos del monarca, y en abril de 1545 fueron destruidos veintidos lugares de pacíficos y tranquilos valdenses, en el Norte de la Provenza, asesinadas 3,000 personas indefensas y condenadas 666 á galeras. La persecucion contra la Reforma se extendió por toda la Francia, y segun un cálculo que parece todavía muy corto (1), fueron quemados vivos durante este reinado 85 protestantes. De esta suerte evitó Francisco que el protestantismo llegara á ser, durante su gobierno, una potencia en el Estado; pero en cambio creció en secreto, quizás á consecuencia del valor mostrado por los mártires, el número de los disidentes. En Meaux,

(1) Mignet en el *Journal des Savants*, 1857, pág. 97.

Senlis, Orleans, Bourges y otros lugares, se formaban comunidades evangélicas, mientras no pocos huyeron á Ginebra y al Vaud bernés para librarse de las persecuciones.

Calvino no desesperó durante mucho tiempo de atraer á su creencia á su patria; de suerte que hasta pocos años antes de su muerte consideró todos los trabajos que hacia en Ginebra como una simple preparacion, y miró á aquella ciudad como una colonia de la Francia calvinista. Por esto se rodeó de fugitivos franceses y tardó tanto en solicitar el derecho de ciudadanía en Ginebra. Incesantemente enviaba emisarios y cartas á Francia, ya á los pueblos, ya á determinados é influyentes personajes. A él acudian los que, por sus creencias, habian sido arrojados de su patria, y por su causa millares de ellos regresaban á Francia, mientras su poderosa palabra, contenida en centenares de cartas, fructificaba en innumerables pechos. Nada, pues, tenia de extraño que en el protestantismo francés fuesen infiltrándose cada vez mas sus doctrinas. En vano clamaban contra sus rigurosas exigencias los sacerdotes, que predicaban á sus fieles, los notables, los sabios y los ricos comerciantes, que si bien interiormente eran adictos á la Reforma, no querian darse á conocer como protestantes, para no atraer un peligro sobre sus cabezas (2); todos ellos hubieron de someterse al celo de Calvino y de sus discípulos. Este reformador procuraba tambien arrojar de Francia al luteranismo é impedir toda alianza entre los protestantes franceses y los luteranos alemanes, en cuyas tentativas ciertamente obtuvo feliz éxito, pues desde mediados del siglo XVI, el protestantismo francés adoptó exclusivamente el nombre de Calvino.

El sucesor de Francisco I, Enrique II (3), era hombre hermoso, de alta estatura, de facciones regulares y moreno, aunque de expresion fria y de mirada apagada y sin fuego. De apacible carácter, fiel á sus amigos y laborioso, era en cambio algo ignorante, de inteligencia muy limitada, negligente y poco aficionado á las meditaciones serias. Sus favoritos podian, por lo mismo, manejarle á su antojo. Diana de Poitiers, su favorita, dama amable, prudente é instruida, fué por él nombrada princesa de Valentinois, y en las muchas construcciones que á instancias suyas mandó hacer el rey en el mas bello estilo del renacimiento encontramos entrelazadas las iniciales H y D. En los asuntos políticos el que mas influencia ejercia sobre el monarca era el condestable de Montmorency, ligado con él por una amistad que databa de muchos años (4). Montmorency era un general mediano y hombre de Estado inepto, duro, severo, cruel y fanático; pero no engañaba á su rey, y gobernaba rígidamente el Estado, sistema de cuya inmejorable bondad estaba convencido.

Casi igual influencia que el condestable ejercia en el monarca la familia de los Guisas, á pesar de encontrarse léjos de la corte (5). Renato de Lorena, el adversario de Carlos el

(2) No sin motivo procedian de este modo, pues el mismo Calvino habia sabido siempre ponerse en lugar seguro (Stählin, I, 545). La misma reina de Navarra censuraba á Calvino por su falta de valor personal (Bonnet, I, 115).

(3) Además de la ya citada obra de Soldan, véase la *Historia del calvinismo francés* de Gottl. de Polenz, tomo I (Gotha 1857) y *Los Guisas, los Valois y Felipe II* de José de Croze (Paris 1866), donde se insertan nuevos documentos sacados de los archivos del Estado de Francia.—H. Lutteroth, *La Reforma en Francia durante su primer período* (Paris 1859).—F. W. Ebeling, *Siete libros de Historia francesa*. La primera parte (Tubinga 1855) comprende los desórdenes desde la muerte de Francisco I hasta la muerte de Francisco II (1560), tomados en parte de nuevas fuentes, pero mas en forma de anécdotas que como verdadera historia.—Me refiero á la antigua literatura, apenas utilizable.

(4) *Relacion de Juan Cappello* (1554); Alberi, I, II, 278.

(5) Renato de Bouillé, *Historia de los duques de Guisa*, 4 tomos (Paris 1849).

Temerario, habia dejado sus posesiones de Francia á su hijo segundo, Claudio, que llevaba el nombre del condado, luego erigido en principado de Guisa, y que se distinguió extraordinariamente como general. Claudio dejó seis hijos y cinco hijas, una de las cuales se casó con Jacobo V, rey de Escocia. Esta familia numerosa era pobre, pero llevaba un gran nombre, y aun cuando era extranjera en Francia, descendia

de los Capetos por un hermano de San Luis. De aquí que la dominara el aguijon de las riquezas y del poder, para los cuales encontró allanado el camino. Toda la familia tendia á un mismo objeto, habiendo sabido conquistar los primeros puestos en el ejército, en la Iglesia y en la administracion. De los hijos de Claudio sobresalieron los dos mayores, Francisco de Guisa, conde de Aumale, excelente militar, lleno



Enrique II de Francia. Facsimile de un grabado en cobre por Estéban de Laulne

de ardiente ambicion, de magnánimos sentimientos, que pronto alcanzó brillante fama y unánimes simpatías con la toma de Calais; y Carlos, cardenal-arzobispo de Reims, conocido comunmente con el nombre de cardenal de Lorena. Era este prelado un hombre de Estado que se distinguia así por su instruccion y talento, como por su falta completa de elevacion moral. Todos los medios para llegar al poder eran para él buenos; ambicioso, vengativo y astuto, se valia de su experiencia y de su elocuencia para alcanzar su objeto. Con su conducta exterior intachable, con sus maneras dignas, y con su hipócrita devocion, á pesar de ser en el fondo un descreído, esperaba poder ocultar el escandaloso egoismo que encerraba su alma. Escéptico en materias religiosas, creia en

las preocupaciones y milagros astrológicos y era en extremo cobarde y pusilánime.

Cuando Claudio llegó á Francia, apenas poseia 14,000 libras de renta anuales; pero gracias al favor de Diana, cuya hermana se casó con el hijo tercero de Claudio, prosperó de tal manera esta familia que el joven cardenal de Lorena reunia en su persona doce obispados y principados con 300,000 libras anuales de renta, reportando igual suma á los demás Guisas sus respectivas posesiones.

Montmorency y el cardenal de Lorena, enemistados entre sí, coincidían sin embargo en el profundo odio que profesaban á los protestantes é indujeron al rey y al Parlamento de Paris, tribunal supremo del reino, á que adoptasen las mas se-

veras medidas contra ellos. A pesar de esta persecucion el protestantismo tomaba cada vez mayor incremento y consistencia, llegando á formar varias comunidades, la primera de las cuales se fundó en París en 1555. Centenares de jóvenes se dirigían á Ginebra y á Lausana, circunstancia decisiva para el sostenimiento de los atrevidos protestantes franceses, cuya conducta tanto irritaba á sus enemigos.

Los sacerdotes, no contentos con el celo desplegado por el Parlamento, excitaban incesantemente al pueblo contra los innovadores. En setiembre de 1557 los protestantes de París en número de unos 400 se vieron acometidos por el pueblo furioso que en medio de las mayores violencias los encerró en la cárcel. Calvino procuró consolar á los presos é infundirles la perseverancia, intentando con su influencia salvarles: muchos fueron quemados vivos ó sucumbieron en su prision, y algunos, aunque contados, abjuraron de sus doctrinas.

A pesar de todas estas persecuciones, existían en 1558 en Francia 400,000 protestantes, si bien el pueblo se mantenía en su casi totalidad fiel á sus antiguas creencias, siendo en su mayor parte nobles, consejeros de Estado y sabios los que seguían la nueva religion.

Los principales de estos eran algunos príncipes de la casa de Borbon que, en la persona de San Luis, se había unido con la familia reinante de los Valois. Muertos todos los individuos de la casa real, esta quedó reducida á sus próximos legítimos agnados. Desde la muerte violenta del condestable de Borbon, acaecida en tiempo de Francisco I, el brillo de esta familia había menguado extraordinariamente: su jefe era el duque Antonio de Vendome, que por su esposa era rey titular de Navarra; pero como los españoles poseían desde hacía mucho tiempo aquel reino, Vendome solo tenía el pequeño Bearn y la Navarra baja al Norte de los Pirineos. A instancias de su esposa, había abrazado las doctrinas de los reformados que esperaban encontrar en él un firme y valioso apoyo, y mantenía correspondencia con Calvino, permitiendo que la Reforma penetrara tranquilamente en sus dominios del pequeño Bearn. A pesar de sus atractivos personales y de su amabilidad, era de inteligencia y carácter débiles y tan cobarde y tan variable como arrogante y fanfarron. Su hermano menor, Carlos, cardenal arzobispo de Ruan, conocido mas generalmente por el cardenal de Borbon, de pobre instruccion é inteligencia, fué el único de su familia que permaneció fiel al catolicismo. De todos los hermanos el que estaba dotado de mayor talento y de carácter mas fogoso era el mas joven, el príncipe Luis de Condé, el cual aunque alegre y de seductora amabilidad, apasionado y de costumbres poco ejemplares, era, lo propio que su esposa, ardiente partidario de la Reforma. Los dos sobrinos de estos hermanos, el duque de Borbon-Montpensier y el príncipe de Roche-sur-Yon, tenían tan escasa importancia por su posicion como por sus dotes, y, aunque no públicamente, eran un tanto adictos al protestantismo.

Mas partidaria de la Reforma que esta familia de príncipes, era la de Chatillon, emparentada íntimamente con el poderoso condestable (1). Los dos hermanos, Francisco de Audelot, capitán general de infantería, y el almirante Gaspar de Coligny, sobrino del condestable, eran ardientes protestantes; y el mismo cardenal Odet de Chatillon, el tercero de los hermanos, se

(1) Julio Tessier, *El almirante Coligny*: obra laudatoria, cuyo único servicio consiste en dar á conocer las cartas de Coligny, no publicadas hasta entonces.—Conde Julio de Laborde, *Gaspar de Coligny* (2 tomos, París 1879 á 1880); esta obra contiene muchos datos nuevos, especialmente en su tomo primero; pero es harto exclusivista en favor de los protestantes: su autor no conoce lo bastante los nuevos trabajos que se han hecho sobre el período por él descrito.

inclinaba á las nuevas doctrinas. Audelot, que con gran audacia llevaba consigo sacerdotes protestantes á quienes mandaba predicar en público, se escapó de la hoguera gracias al cariño que le profesaba el rey; pero á pesar de esto fué encerrado en la cárcel, hasta que consintió en que se dijera en su presencia una misa, condescendencia de que se arrepintió durante el resto de su vida.

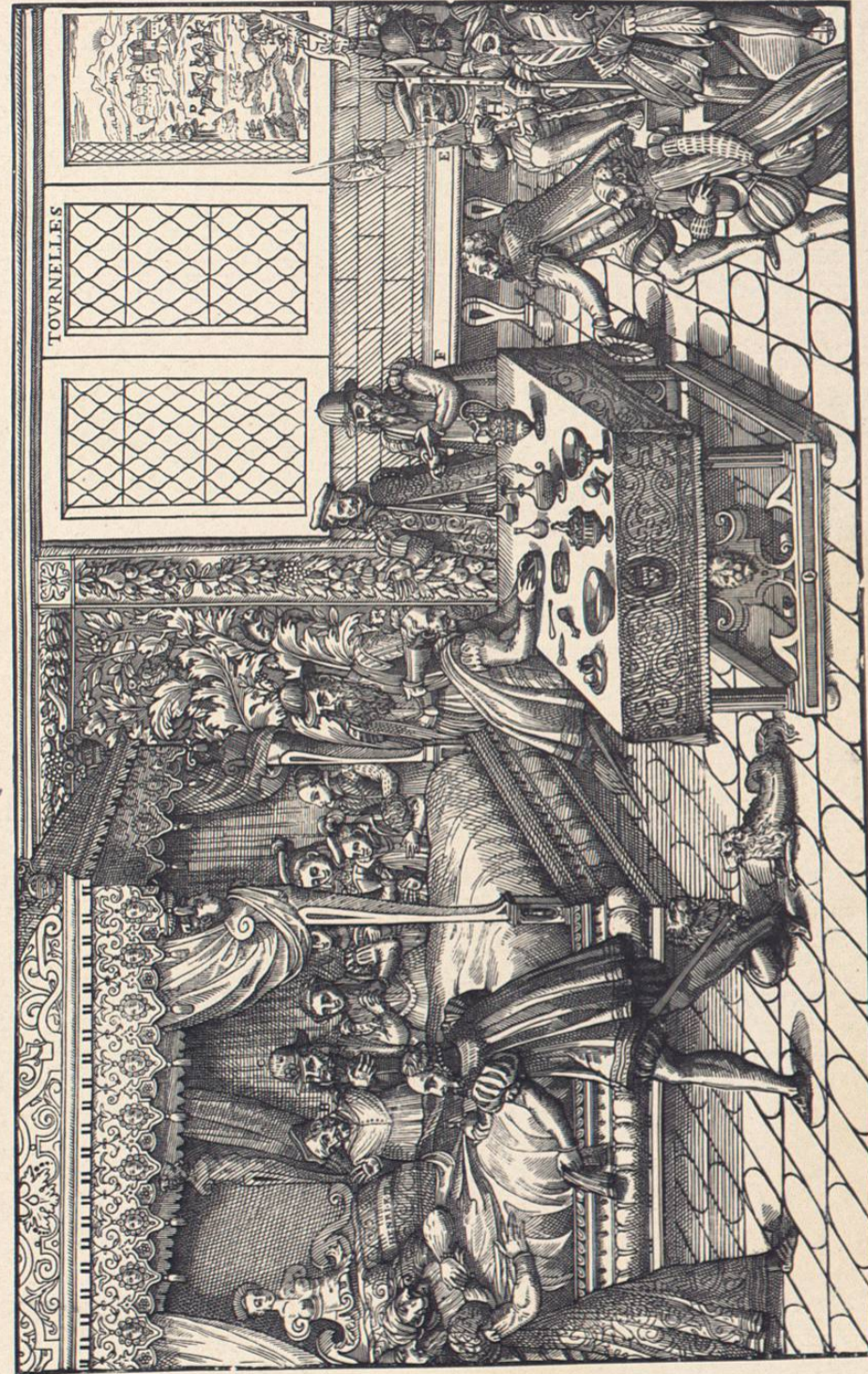
La consideracion de que gozaban ambos adeptos hubo de animar á los protestantes. En la primavera de 1558, pocos meses despues de las crueles escenas antes referidas, su atrevimiento fué tal, que todas las tardes se dirigían, en número de 6,000, en procesion y entonando los salmos, al Pre-aux-Clercs, paseo favorito de los parisienses que se extendía á la orilla izquierda del Sena, frente al jardín de las Tullerías. De suerte que los protestantes formaban ya en cierto modo una potencia muy digna de tenerse en cuenta. Las nuevas doctrinas se iban arraigando cada vez mas en las clases elevadas. La parte del Parlamento encargada de los procesos religiosos, la Cámara de Tournelle, á cuyo frente se encontraban dos hombres distinguidos por su ciencia y por su carácter, Seguier y Du Harley, mostraba una benevolencia sospechosa hácia los protestantes, pues ya no los condenaba á muerte, sino al destierro.

Altamente importante para el porvenir de la Reforma en Francia fué la gran Asamblea nacional que lograron reunir por vez primera los reformistas en mayo de 1559. Estas Asambleas, que posteriormente tomaron un carácter político, eran entonces pura y exclusivamente religiosas. De todos los puntos de Francia, acudieron á París los sacerdotes y los ancianos que condensaron, despues de una amplia deliberacion, sus opiniones en cuarenta artículos de fe y en otros tantos artículos de disciplina.

La profesion de fe de este primer sínodo nacional protestante llegó á ser obligatoria para los protestantes franceses, con lo cual quedó realizado el rompimiento con el luteranismo y por tanto se vieron cumplidos los deseos de Calvino. La organizacion del protestantismo en Francia correspondía mas á las democráticas doctrinas de Calvino que á sus prácticas aristocráticas. La comunidad de adeptos tenía la libre eleccion del sacerdote, pero este debía someterse á la profesion de fe y ser del agrado del sínodo provincial. Los pastores evangélicos y los ancianos se reunían dos veces al año en sínodos provinciales, cuyos delegados formaban el sínodo nacional que era convocado en los casos necesarios y estaba dirigido por un presidente elegido de entre los asistentes. El sínodo nacional cuidaba no solo de los intereses religiosos, sino tambien de los políticos de la república protestante. Con verdadero espíritu práctico y siguiendo los preceptos de Calvino, se planteó una organizacion sencilla que hizo pronto de los reformados franceses una potencia temible. Uno de los principios por que se regía era el de que no debía prestarse obediencia, conforme á las *Instituciones*, á un mandato real que fuese contrario á los principios religiosos.

El incremento que en Francia tomaba la herejía indignaba en alto grado al rey Enrique, el cual, desde la paz de Chateau-Cambresis, no pensaba en otra cosa sino en dirigir todas sus fuerzas contra los herejes. Aliado estrechamente con España, propuso á esta aunar todos sus esfuerzos para destruir á Ginebra, origen de todo el mal y centro donde se refugiaban todos los malhechores condenados (2); pero hubo de irritarle el hecho de que el arma mas poderosa que contra los sectarios tenía, el Parlamento, no quisiese consentir en sus planes. En vista de esta resistencia presentóse un dia

(2) Despacho del duque de Alba de 26 de junio de 1559; Mignet, *Journal des Savants*, pág. 170.



Muerte de Enrique II de Francia. Facsimile de un grabado en cobre de la época.
A, La reina llorando. B, El cardenal de Lorena. C, El condestable. D, Corros, doctores experimentados y cirujanos enviados por el rey de España. E, Alabarderos de cámara. F, Doctores médicos y cirujanos.

ante la asamblea plena y ordenó que en su presencia expresara el Parlamento su opinión acerca de la conducta que debía observarse en lo sucesivo contra los reformistas. Los célebres consejeros Du Faur, Anne Du Bourg y otros tres que se pronunciaron espontáneamente en favor de los perseguidos, fueron presos de orden del rey y encerrados en la Bastilla, y contra los privilegios del Parlamento, se mandó que una comisión especial les procesara. Entonces se decretó en todo el reino una rigurosa persecución contra los herejes.

Enrique no pudo ver realizado su más ardiente deseo que era «ver con sus propios ojos morir en la hoguera á Du Bourg.» Para festejar las bodas de la princesa Isabel con el rey de España, celebradas en 20 de junio de 1559, se organizaron varios torneos en los cuales tomó parte el mismo rey Enrique, tan aficionado á las prácticas caballerescas, el cual en 29 de junio, obligó al capitán de sus guardias, el conde de Montgommery, á romper con él una lanza; pero un trozo de la lanza de este penetró por la visera en los ojos del rey clavándosele profundamente en la cabeza. La herida era mortal y á consecuencia de ella pereció Enrique II cuando contaba poco más de cuarenta años. Su viuda hizo morir, en 1574, en medio de horribles martirios al matador involuntario de su esposo, pretextando para ello sus ideas protestantes.

A pesar de la poca aptitud personal de Enrique, durante su reinado y gracias á las condiciones de su numerosa, valiente y patriótica población, Francia desempeñó un papel importantísimo en Europa y se mostró al nivel del coloso de aquel tiempo, de la potencia habsburgo-borgoñona. El bienestar y la actividad de los franceses tomaron gran incremento, fundándose en 1549 las primeras Bolsas en Tolosa, Burdeos y Ruan (1). El irresistible incremento que tomaba el calvinismo, especialmente en las clases elevadas, dejábase sentir, por un lado, á causa de las persecuciones del gobierno ortodoxo y por otro en los terribles conflictos que por espacio de cuarenta años ensangrentaron la Francia y que, á pesar de todo el brillo exterior, destruyeron, durante mucho tiempo, las mejores fuerzas de la nación, la elasticidad y fuerza expansiva de su espíritu.

Los protestantes manifestaron públicamente su júbilo por la muerte del rey, su perseguidor, que consideraban como un castigo del cielo; y sin embargo estaban muy lejos de tener motivos de alegría. El joven rey que entonces se sentó en el trono, Francisco II, primogénito de Enrique II, era un niño de diez y seis años, tan débil de cuerpo como de desarrollo intelectual (2). ¡Qué mucho, pues, que se encontrase por completo sometido á la influencia de su hermosa, amable y prudente esposa, la reina de Escocia María Estuardo que contaba dos años más que él! María era católica ardiente; y como entendía muy poco de política, se entregó enteramente á la dirección de sus tios maternos los Guisas, principales representantes del catolicismo perseguidor. El más hábil, más pensador y más político de estos, el cardenal de Lorena, era el que en realidad gobernaba, y de él decía el Nuncio del Papa, Santa Croce, que había dejado al rey únicamente el nombre, apropiándose él todo lo demás.

Fácilmente se comprenderá que el carácter que en sus manos tomó la dirección del Estado fué el católico fanático, antireformista así en el interior como en el exterior. Los Guisas estaban en íntimas relaciones con Felipe de España, siendo por lo mismo inminente una terrible persecución

contra los protestantes. El enemigo de los Guisas, el conde de Montmorency, vió en seguida confiscados sus bienes, y la misma querida del difunto rey, Diana de Poitiers, y sus hijos fueron arrojados de la corte (3).

Esta revolución excitó un descontento general así entre los desdenados como entre los tráfugas favorecidos. Los protestantes del reino á cuyo frente se encontraba la familia de Borbon, tan perseguida por los Guisas, estrecharon sus filas. El alma de los descontentos era el rey Antonio de Navarra, hombre con quien poco podía contarse, pues aun cuando manifestaba públicamente su disgusto, no se atrevía á tomar medida alguna decisiva.

Los Guisas envalentonados, llevaron á cabo las amenazas hechas por Enrique. El por todos querido y respetado Du Bourg, fué condenado á morir en la hoguera; publicáronse nuevas leyes draconianas contra los herejes; realizáronse nuevas persecuciones que conducían á la hoguera no solo á los hombres, sino á las mujeres, niños y ancianos, no retrocediéndose ante las calumnias de que suelen ser víctimas las sectas perseguidas, tales como que los protestantes durante los divinos oficios de la tarde apagaban las luces para entregarse á actos impúdicos (4).

Pero los perseguidos comenzaron á tener conciencia de su fuerza, y en todas partes los presos y sentenciados eran salvados violentamente por sus correligionarios. En vano les decía Calvino que no apelaran á la resistencia armada: las violencias de los Guisas habían excitado la indignación general. La retrocesión obligatoria á la corona de todos los bienes de la casa real, no solo de los que los reyes habían regalado, sino también de los que habían vendido, indignó á todo el mundo: y la nobleza especialmente se quejaba en alta voz del gobierno de los extranjeros, esto es, de los Lorenas, y del alejamiento en que se tenía á los príncipes de sangre real, que eran, dada la patente ineptitud del rey, los que verdaderamente debían hacerse cargo del gobierno. Pronto se formó entre los descontentos una alianza, cuyo objeto era apoderarse por la fuerza de las personas de los Guisas, hacer luego que los Estados generales les desterraran, y crear un gobierno legítimo del reino. Nada se proyectaba contra la persona del rey, á pesar de cuanto dijeron los católicos para agravar el delito de sus enemigos; en cambio, es cierto que los conjurados se unieron á los príncipes alemanes protestantes, prometiéndoles en pago de sus auxilios entregarles la plaza de Metz. Era, pues, una empresa poderosa (5), al frente de la cual parecía estar nada menos que el príncipe Luis de Condé que, sin embargo, no quiso figurar como jefe visible, y puso en su lugar á La Renaudie, noble de carácter sospechoso, pero emprendedor y dotado de talento, que deseaba llevar á cabo una venganza de familia contra los Guisas. Quinientos nobles entraron en la conjuración.

Pero se procedió con tal lentitud, que el cardenal de

(3) La mejor historia contemporánea de aquel período, aunque en alto grado hostil á los Guisas, es la de Luis Regnier de la Planche, *Historia del Estado de Francia en tiempo de Francisco II* (la primera edición de esta obra data de 1576; en 1836 publicóse en París una nueva edición en dos tomos). Las «Negociaciones en tiempo de Francisco II», que forman una parte de la *Colección de documentos inéditos sobre la historia de la Francia* que publica el Ministerio de la Instrucción pública, fueron publicadas por Luis Paris en 1841, y sacadas de los papeles de Sebastian de l'Aubespine, obispo de Limoges, quien por espacio de cuarenta años fué embajador é intendente superior de Hacienda, y murió en 1582.

(4) Juan de Serres, *Historia de las cosas notables sucedidas en Francia desde 1547 á 1597* (edición de 1619, pág. 94).

(5) C. Paillard, *La Conjuration de Amboise*; *Revue historique*, XIV, 61. R. Darest, *Francisco Honn*. *Revue historique*, II, 23.

(1) Babeau; 347. *La ciudad bajo el antiguo régimen*, 347.

(2) *Regis pueri in quo par animi ac corporis imbecillitas erat*. De Thou, *Historia*, lib. 23. Asimismo opina el ardiente católico Davila, lib. II.